

"Un pequeño tesoro, nada pretencioso y, sin embargo, trascendente."

JONATHAN KOZOL

No tengas miedo

COMO SUPERAR EL TEMOR A LA MUERTE



JOHANN CHRISTOPH ARNOLD

Prólogo de Madeleine L'Engle

Elogios al libro

JONATHAN KOZOL

AUTOR, DE “RESURRECCIONES ORDINARIAS”

Es un hermoso libro, de incomparable dignidad y ternura . . . Espero que sea muy leído, y no sólo por aquellos que se consideran religiosos. Aunque escrito con una gran sencillez de estilo, no por ello deja de ser una obra de misterio moral . . . un pequeño tesoro, nada pretencioso y, sin embargo, trascendente.

CICELY SAUNDERS

FUNDADORA DEL HOSPICIO ST. CHRISTOPHER, LONDRES

Las personas que han perdido a uno de sus seres queridos tienen a su disposición muchos libros sobre el tema, pero este tiene una fuerza especial.

PAUL BRAND, M.D.

AUTOR DE “DOLOR: EL REGALO QUE NADIE DESEA”

He leído muchos libros sobre la muerte, pero este es uno de los que regalaría a alguien que tratara con la muerte o que afrontara el dolor por la pérdida de un ser querido. Brilla, lleno de esperanza, desde el principio hasta el final. Cuando me llegue la hora, quisiera tener un ejemplar junto a mi lecho.

JOHN DEAR, S. J.

AUTOR DE “EL DIOS DE PAZ”

Arnold me desafiaba a afrontar mi propio temor a la muerte . . . Las historias que cuenta me animan a abrazar al Dios de vida. Son un gran consuelo.

MILTON W. HAY

CONSEJO NACIONAL DE PROFESIONALES DE HOSPICIOS

Este libro es un recurso clínico e inspirador extraordinariamente útil. Abrirse a su contenido es como encontrarse con una vista insoportablemente amplia de la vida.

DOCTORA MARY E. O'BRIEN

CENTRO DE SALUD OVERLAKE, BELLEVUE, WA

Este libro debería ser de lectura obligada para todas las personas relacionadas con la atención sanitaria, así como para cualquiera que busque las respuestas a las preguntas más desconcertantes de la vida.

REVERENDO DOCTOR WILLIAM GROSCH

CENTRO PSIQUIÁTRICO DE LA CAPITAL DEL DISTRITO,
ALBANY NY

Esta verdadera joya de libro dice mucho sobre el amor de Dios y me ha hecho derramar lágrimas de tristeza, pero también de alegría. Recomiendo su lectura a todos aquellos que han asumido como profesión el ayudar a los demás.

VERNON GROUNDS

SEMINARIO DE DENVER, DENVER, CO

Este libro es un maravilloso testigo acerca de cómo el temor a la muerte no debería tener la última palabra. Agita e incluso despierta el alma.

No tengas miedo

COMO SUPERAR EL TEMOR A LA MUERTE

Johann Christoph Arnold



PLOUGH PUBLISHING HOUSE

Publicado por Plough Publishing House
Walden, Nueva York
Robertsbridge, Inglaterra
Elsmore, Australia
www.plough.com

Copyright © Plough Publishing House, 2015
Todos los derechos reservados.

ISBN 13: 978-0-87486-687-2
PDF ISBN: 978-0-87486-690-2
Título original en inglés: *Be Not Afraid*
Traducido del inglés por J. M. Pomares

Las citas bíblicas son de la Nueva Versión Internacional;
de lo contrario se indicará la fuente.

Prólogo de Madeleine L'Engle © 1996 by Crosswicks, Ltd.
Fotografía de la portada © 1996 by Farrell Grehan

Dios es amor. Él que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. Ese amor se manifiesta plenamente entre nosotros para que en el día del juicio comparezcamos con toda confianza, porque en este mundo hemos vivido como vivió Jesús. En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor.

1 JUAN 4:16-18

Prólogo

Madeleine L'Engle

Una noche, mientras mis hijos hacían sus deberes escolares, yo estaba sentada a mi mesa de despacho, escribiendo, cuando entró un joven de la escuela superior y me preguntó: «Madeleine, ¿le tiene usted miedo a la muerte?».

Sin volverme apenas a mirarlo, le contesté: «Sí, Bob, desde luego». El joven se sentó ostentosamente en una silla y exclamó: «¡Menos mal! Nadie más se atreve a admitirlo».

La muerte es cambio y el cambio siempre infunde temor, además de ser desafiante, pero mientras no admitamos ese temor, no podremos aceptar el desafío que nos plantea. Hasta que no admitamos el temor, no podremos experimentar la seguridad, en lo más profundo de nuestros corazones, de que, en efecto, no tenemos miedo.

No tengas miedo es un libro maravilloso que trata sobre la clase de ausencia de temor ante la muerte a la que se llega a pesar de los temores normales que sentimos, sin que importe lo profunda que sea nuestra fe. De hecho,

únicamente la fe profunda puede admitir el temor, para luego seguir hacia la comprensión de que Dios puede seguir actuando tanto a través de nuestras tragedias como de nuestras alegrías, de que nunca nos abandona, ni siquiera cuando nos vemos afectados por los accidentes y las enfermedades.

También me siento agradecida por el hecho de que *No tengas miedo* aborde la paradoja de nuestra forma abusiva de utilizar el gran don del libre albedrío y la elaboración del plan de amor divino para el universo. No, Dios no causa ni quiere la muerte de un niño, pero puede consentir todas las cosas, por muy terribles que sean. Dios puede ayudarnos a soportarlas e incluso a formar parte de ellas.

En una sociedad tan temerosa de la muerte, no del temor normal expresado por Bob, sino de ese terrible temor que nos rodea cuando no nos hallamos centrados en Dios, tendemos a aislar al moribundo, como si la muerte fuese contagiosa. Sí, todos morimos, no hay excepciones, pero no tenemos por qué morir solos. Me llevaron una vez a un hermoso y nuevo hospital oncológico, en cada una de cuyas habitaciones había lo que parecía ser una pequeña mesa de caoba. En apenas un instante se podía desplegar y convertir en una cama, para que un miembro de la familia o un amigo pudiera acompañar a la persona enferma.

Tuve así el privilegio de estar con mi esposo, de sostenerle en el momento de su muerte. Se me ha dado así la gracia de poder estar con otras personas en el instante en que efectúan la gran transición. Quizá cuando contesté tan rápidamente a la pregunta de Bob con un «Sí, desde luego», me refería a un profundo respeto, antes que al temor o al pánico, un respeto que algunos de nosotros tememos afrontar.

Hubiera deseado que una amiga hubiera puesto este hermoso libro en mis manos cuando murió mi esposo.

Ensalza la vida y, al ensalzarla, respeta la muerte. También respeta al Creador que nos hizo a todos con tanto amor. Dios llegó a vivir entre nosotros como Jesús, para mostrarnos cómo vivir y cómo morir, y eso nos da la seguridad de la resurrección y de la vida eterna, es decir, de la vida más allá del tiempo y de todo lo que es transitorio, en el amor de Dios, por los siglos de los siglos.

Goshen, Connecticut

Introducción

¿Tienes miedo a morir? ¿Conoces a alguien que lo tenga? ¿Te has preguntado alguna vez cómo sobreviviría a la pérdida de alguien a quien amas? De una forma consciente o no, toda expresión de vida se ve afectada tarde o temprano por la muerte y, en consecuencia, toda persona tiene que enfrentarse con estas cuestiones en uno u otro momento de su vida. Precisamente por eso he escrito este libro.

No podemos evitar la muerte. Se cierne como una sombra sobre las vidas de todos. Ahora vivimos más tiempo de lo que vivieron nuestros abuelos, estamos mejor alimentados, perdemos a menos recién nacidos, las vacunas nos protegen de epidemias otrora tan temidas, los hospitales dotados de alta tecnología salvan a pacientes necesitados de un nuevo riñón o de otro corazón, pero

seguimos siendo mortales. Y aunque hayamos tenido tanto éxito en protegernos de las plagas que diezmaron a generaciones anteriores, tampoco nos faltan nuestras propias plagas, desde el suicidio, el aborto, el divorcio y la adicción a las drogas, hasta el racismo, la pobreza, la violencia y el militarismo. Según ha dicho Juan Pablo II, vivimos en una cultura de la muerte.

También es una cultura del temor. Por temor a la vejez, ocultamos a nuestros ancianos en residencias geriátricas. Por temor a la delincuencia, nos protegemos con armas y puertas blindadas. Por temor a la gente que no tiene nuestro mismo aspecto o que no gana tanto como nosotros, nos instalamos a vivir en zonas residenciales «protegidas». Por temor a otras naciones, imponemos sanciones y lanzamos bombas. Ahora, empezamos incluso a sentir miedo por nuestra propia descendencia, convertimos las escuelas en prisiones virtuales y nuestras prisiones en campos de concentración y en morgues. A todas estas se pueden añadir varias ansiedades más, que impulsan a millones de personas hacia la distracción, al menos en el momento de escribir esto: el terrorismo, la guerra biológica y los aviones que caen del cielo.

Con ocho hijos y unas dos docenas de nietos, sé muy bien lo que significa pensar en el futuro y sentirse asustado. Tras haber permanecido a la cabecera de la cama de amigos y parientes moribundos, y haber luchado junto

Introducción

a ellos, también tengo una ligera idea de lo que significa afrontar la muerte. Y, lo que es más importante, he visto la paz que irradia de aquellos que no sólo han combatido sus temores, sino que también han encontrado la fortaleza para superarlos. Esa paz me transmite valor y esperanza y al contarle sus historias, confío en que contribuyan a hacer lo mismo por ti, lector.

Hombres y mujeres corrientes, esas personas también tuvieron su cuota de malos tiempos, de luchas, obstáculos y momentos bajos. Lloraron, se sintieron asustadas, necesitaron consuelo y seguridad. La mayoría de ellas se habrían desmoronado de no haber encontrado apoyo. Mas, para mí, su importancia radica no tanto en la forma en que murieron como en la forma en que se prepararon para la muerte, ya fuesen conscientes de ello o no: viviendo la vida plenamente y no para sí mismos, sino para otros. Ninguna de ellas fue en modo alguno perfecta, pero al servir a una causa mayor que ellas mismas, se les dieron ojos para ver más allá de sus propias necesidades, y valor para soportar el sufrimiento sin dejarse derrotar por él.

Una de las historias incluidas en este libro ocurrió tan repentinamente y es tan reciente, que todavía intento adaptarme y comprenderla. El padre Mychal Judge, monje franciscano y capellán del servicio de bomberos, se encontraba realizando sus actividades cotidianas en

su parroquia de San Francisco, en Nueva York, cuando otro sacerdote entró precipitadamente en la estancia para decirle que lo necesitaban con urgencia en el lugar de un gran incendio. Era el 11 de septiembre de 2001 y el lugar afectado eran las Torres Gemelas del «World Trade Center», que acababan de ser alcanzadas por dos aviones secuestrados y se hallaban envueltas en llamas.

Tras ponerse precipitadamente el uniforme y acudir presuroso al centro de la ciudad, el padre Mike no tardó en encontrarse arrodillado en una acera, junto a las Torres Gemelas, administrando los últimos sacramentos a un bombero alcanzado por el cuerpo de una mujer, caído desde lo alto. Mientras rezaba por el hombre, el propio padre Mike fue alcanzado fatalmente por una gran cantidad de escombros.

Además de su trabajo como capellán del departamento de bomberos de Nueva York, el padre Mike también era un destacado defensor de la gente que moría de sida, y se le conocía en toda la ciudad por el amor que demostraba hacia los oprimidos. Con un puñado de dólares «rescatados» de amigos que se podían permitir el lujo de prescindir de ellos, siempre tenía algo que dar a una persona necesitada que encontrara en la calle.

En 1999 viajamos juntos por Irlanda del Norte, con un amigo común, el detective Steven McDonald, de la policía de Nueva York, promoviendo el diálogo y la

Introducción

reconciliación. En el año 2000 hicimos un segundo viaje a Irlanda y, en el momento de su muerte, estábamos en las fases finales de la planificación de otro viaje similar a Israel y a Cisjordania.

El padre Mike empleó los últimos minutos de su vida sobre la tierra en infundir ánimo en otra persona, volviéndola hacia Dios y, dicho del modo más sencillo posible, esa es la misma razón por la que he escrito este libro: para infundir al lector el ánimo de dirigirse hacia Dios. Tal como demuestran las historias aquí narradas, en Dios se encuentra consuelo y fortaleza, incluso para el alma más angustiada.

*J. C. A.
Rifton, Nueva York*

Fundamentos

 Mi hermana Marianne murió un día después de nacer, cuando yo tenía seis años. No llegué a verla con vida y, sin embargo, influyó sobre mi infancia como muy pocos otros seres lo han hecho. Su nacimiento y muerte causó un impacto decisivo sobre mis hermanas y sobre mí y, años más tarde, también sobre mis propios hijos.

 Era el año 1947 y mi familia vivía en los bosques perdidos de Paraguay, en una pequeña comunidad cristiana que hacía funcionar un primitivo hospital. Poco antes del nacimiento de Marianne, tras dos días de un parto extremadamente difícil y amenazador para su vida, el corazón de mi madre falló de repente. Afortunadamente, el personal del hospital la pudo reanimar, aunque permaneció inconsciente. Mi padre rogó a los médicos que

le practicarán una cesárea, pero estos le advirtieron: «Su esposa morirá si operamos. El único modo de salvarla es abortar al bebé; en caso contrario, ambos morirán, la madre y el bebé».

Fue una situación increíblemente difícil; mis padres estaban firmemente convencidos de la santidad de toda expresión de vida. Papá salió a los bosques, para rezar a solas.

Cuando regresó, mamá había recuperado el conocimiento, aunque su estado seguía siendo crítico. Entonces, inesperadamente, el bebé nació de modo natural. Tenía un pequeño hematoma en la cabeza, provocado por los instrumentos utilizados, pero, por lo demás, parecía sano. Mis padres estaban seguros de que el desenlace se debía a la intervención de Dios.

Mamá, sin embargo, tuvo la sensación de que el bebé no estaba del todo bien. Marianne no lloraba y tampoco abrió los ojos. Murió al día siguiente. Pocas semanas más tarde, mamá le escribió a su hermano, en Alemania:

Resulta muy duro admitir que esta niña, que tanto deseábamos y que nació en medio de tanto dolor, nos había dejado antes de que tuviéramos tiempo de conocer qué clase de persona sería. A veces, todo lo sucedido parece irreal, como una pesadilla fugaz. Pero cuanto más lo pienso, más agradecida me siento por el hecho de que Marianne naciera con vida. Nos aportó una gran alegría,

Fundamentos

aunque sólo fuese por unas pocas horas e indujo un amor más profundo del uno por el otro. De este modo, y a pesar de la brevedad de su vida, tengo la sensación de que cumplió una tarea en la tierra.

En cuanto a papá, durante el resto de su vida se sintió agradecido a Dios por no haber tomado la decisión de abortar al bebé. La experiencia consolidó su convicción de que la vida de toda alma sobre la tierra siempre tiene un propósito divino, por muy breve o larga que aquélla sea. Me transmitió a mí esa misma convicción, en forma de un profundo respeto no sólo por el misterio del nacimiento, sino también por el de la muerte y por la naturaleza sagrada de toda vida humana, independientemente de su duración.

Por aquella época, claro está, yo no era más que un niño corriente, que únicamente hacía travesuras y que con frecuencia se metía en problemas. Como la mayoría de los otros chicos con los que crecí, sentía verdadera pasión por cabalgar a pelo y por las secretas excursiones de caza, y me encantaba observar el trabajo de los gauchos con sus rebaños y cómo montaban sus caballos. Mi imaginación se desbocaba con el sueño de convertirme algún día en un gaucho. Sin embargo, el impacto de Marianne sobre mí siempre estaba presente, como una semilla que germinó lentamente y que echó raíces en mi corazón . . . donde todavía está.

La vida era exuberante en nuestro paraíso, pero también nos acechaban la enfermedad y la muerte. En el hospital de la misión, donde a menudo acudía en compañía de papá para entregar alimentos y suministros, observábamos cada día atisbos de la miseria humana. Muchos de los pacientes sufrían malnutrición. Predominaban la lepra y la tuberculosis. Había casos de partos muy complicados, los niños morían de afecciones respiratorias, de meningitis o a causa de la deshidratación, y había hombres heridos por árboles caídos o por machetazos, tras peleas entre borrachos.

Papá nos hablaba a menudo de Jesús y de cómo llegó para consolar a los pobres. Nos habló de hombres y mujeres que, a lo largo de los siglos, lo habían abandonado todo en nombre de Jesús. Una de nuestras historias favoritas era la de Vassili Ossipovitch Rachoff, un joven aristócrata ruso que abandonó a su familia y toda su riqueza y se dedicó a ir de pueblo en pueblo para ayudar a los que sufrían y a los moribundos. Pensé mucho y con frecuencia en Rachoff.

Durante mi adolescencia, pasé varios meses lejos de mi familia, trabajando en una misión en Asunción, la capital de Paraguay. Mi trabajo consistía principalmente en realizar recados y hacer todo tipo de tareas en la casa.

A menudo me saltaba el servicio religioso dominical y desaparecía en los barrios pobres, donde tenía muchos

amigos. Sus condiciones de vida eran abrumadoras: atestadas cabañas de bambú recorridas por canalizaciones abiertas de aguas fecales. Las moscas y mosquitos eran horrendos. Cientos de niños deambulaban por los callejones, muchos de ellos huérfanos, convertidos en expertos ladrones. Algunos trabajaban como limpiabotas, a cinco centavos el par de zapatos, un trabajo que me parecía tan intrigante que no tardé en conseguir una caja y unirme a ellos siempre que podía. Poco a poco, algunos de aquellos muchachos me fueron contando sus vidas. Los padres de muchos habían resultado muertos en peleas o por las enfermedades tropicales. Habían visto morir a hermanos a causa de enfermedades o deficiencias y ellos mismos sólo sobrevivían sumidos en condiciones de vida muy duras, rodeados por el temor y el peligro constantes.

Al estallar una revolución en la ciudad, buena parte de los enfrentamientos armados se produjeron justo en nuestra calle. Oímos el retumbar de los cercanos tanques y el fuego de ametralladora por la noche. Las balas silbaban sobre nuestra casa. Desde las ventanas vimos a soldados que resultaban muertos. Aquello era la guerra y yo sólo tenía trece años, estaba lejos de mi familia y me sentía asustado. ¿Y si me disparaban?

Mi tía abuela Mónica, que vivía en la casa con nosotros, observó lo asustado que estaba y me consoló. Enfermera de profesión, Mónica había servido en el frente durante

la Primera Guerra Mundial y me contó que los soldados moribundos recostaban la cabeza sobre su regazo y sollozaban como niños pequeños en su dolor y en su temor ante la muerte; lloraban con remordimiento por sus pecados y se angustiaban porque ya nunca volverían a ver a sus seres queridos. Gracias a su profunda fe, Mónica los había conmovido, consolado y guiado hacia Jesús antes de que muriesen.

Sin embargo, una pregunta seguía royéndome: ¿Por qué tiene que morir la gente? ¿Y por qué hay tanta maldad y perversidad en el mundo? Mónica me leyó el pasaje de Romanos 8 acerca de cómo toda creación anhela la redención. Aminoró así mis temores y, especialmente, mi temor a la muerte. Lo mismo que papá, me dijo que en alguna parte del universo Dios prepara un lugar para nosotros y yo tuve la sensación de que se trataba de un lugar muy real y no de algo abstracto. En muchas ocasiones me sentí tranquilizado por esa convicción. También encontré consuelo en la maravillosa promesa que nos hace Jesús en el Evangelio de Mateo 28:20: «Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo».

Unos diez años más tarde me encontré de nuevo con la muerte, de una forma muy personal. (Mi familia vivía por entonces en Estados Unidos, tras haber abandonado América del Sur, para ayudar a construir una nueva rama de nuestra comunidad en Rifton, Nueva York.)

Fundamentos

El Movimiento Pro Derechos Civiles estaba en todo su apogeo y nadie podía ser indiferente al mismo. Martin Luther King fue y sigue siendo para mí una figura inspiradora. La fe que tenía en la causa de la justicia era inconmovible y parecía no tener ningún miedo, a pesar de ser odiado por tantos y amenazado con tanta frecuencia, por lo que la muerte debió de haberle acechado continuamente en el fondo de su mente. Así lo admitió pocos días antes de su asesinato y explicó también por qué se negaba a ceder ante el temor.

Me gustaría vivir una larga vida, como a cualquiera. La longevidad tiene su valor. Pero ahora no me siento preocupado por eso. Sólo quiero cumplir con la voluntad de Dios. Y él me ha permitido que ascienda a la montaña. He mirado desde allí y he visto la tierra prometida. Es posible que no llegue a ella con vosotros, pero esta noche quiero que sepáis que, como pueblo, ¡llegaremos a la tierra prometida! Así que esta noche me siento feliz. No me preocupa nada. No temo a ningún hombre. ¡Mis ojos han visto la gloria de la llegada del Señor!

La vida de Luther King me transmitió un mensaje importante. En la primavera de 1965 un amigo y yo viajamos a Alabama y experimentamos de primera mano el profundo amor y humildad de Luther King. Estábamos visitando el «Instituto Tuskegee» cuando nos enteramos

de la muerte de Jimmie Lee Jackson, un joven que había sido gravemente herido ocho días antes, cuando la policía disolvió una manifestación pacífica en la cercana ciudad de Marion.

Más tarde, los testigos describieron una escena del mayor caos: espectadores blancos destrozaron las cámaras y dispararon contra las luces de las farolas en las calles, mientras la policía atacaba brutalmente a los manifestantes negros, muchos de los cuales rezaban en los escalones de acceso a una iglesia. Jimmie, que había visto a un policía estatal golpear implacablemente a su madre, atacó al hombre y recibió un disparo en el estómago y fue golpeado con porras en la cabeza hasta que casi lo mataron. Al negársele el ingreso en el hospital local, lo llevaron a Selma, donde pudo contar lo ocurrido a los periodistas. Murió varios días más tarde.

Ante la noticia de la muerte de Jimmie nos dirigimos inmediatamente a Selma. El féretro, expuesto en la capilla Brown, estaba abierto y aunque el encargado de las pompas fúnebres había hecho todo lo posible por disminuirle las heridas, no pudo ocultar las peores, recibidas en la cabeza: tres hendiduras, cada una de ellas de unos dos centímetros de ancho y unos siete de largo.

Profundamente conmovidos, nos quedamos para asistir al servicio funerario en memoria de Jimmie. La sala estaba tan atestada que el único lugar donde pudimos

Fundamentos

sentarnos fue en el alféizar de una ventana, al fondo; frente a la iglesia también había mucha gente.

Por extraño que parezca, durante el servicio religioso no se escuchó una sola nota de cólera o venganza. En lugar de eso, de la congregación irradiaba un ambiente de valor y de paz. Y cuando todos nos levantamos para cantar el viejo cántico del esclavo: «No permitiré que nadie me obligue a retroceder», el espíritu de triunfo fue tan poderoso que un espectador casual jamás habría podido imaginar la razón por la que nos habíamos reunido allí.

En un segundo servicio religioso al que asistimos en Marion, el ambiente era decididamente más apagado. A lo largo de la entrada del tribunal del condado y a través de la calle, se mantenía una larga hilera de policías estatales, con las manos ostentosamente apoyadas en las porras, mirándonos directamente. Aquellos eran los mismos hombres que habían atacado a los manifestantes negros de Marion apenas unos días antes. Al abandonar el servicio religioso para asistir al funeral, pasamos primero delante de ellos y luego ante una multitud de alborotadores que se habían reunido en el cercano ayuntamiento. La policía, armada con prismáticos y cámaras, además de armas de fuego, nos examinó y registró a cada uno de nosotros; los alborotadores, aunque desarmados, nos siguieron con insultos y gritos.

En el cementerio, Luther King habló de perdón y de amor. Rogó a todos los presentes que rezaran por la policía, que perdonasen al asesino de Jimmie y a todos aquellos que los perseguían. Luego, entrelazamos las manos y cantamos «Lo superaremos».

Aunque conocer a Martín Luther King fue una experiencia formativa, nadie influyó en mi perspectiva sobre la muerte y el acto de morir tanto como mis padres. Papá sufrió mucho en vida. En varias ocasiones estuvo gravemente enfermo, casi hasta el punto de morir pero, milagrosamente, siempre salió adelante. Mamá, cuatro años mayor que él, era vigorosa y activa y casi nunca estaba enferma. Los niños asumimos que papá moriría antes que mamá. Pero Dios tenía otros planes. En septiembre de 1979 se descubrió que mamá tenía cáncer en los nódulos linfáticos. Su salud se deterioró rápidamente y ella, que se había pasado la vida atendiendo a los demás, pronto se vio como una inválida que necesitaba de atención, un hecho que le resultó difícil de aceptar. Sin embargo, y a pesar de su gran sufrimiento, confió en Dios y se sometió a lo que en su opinión era la voluntad divina. Encontró paz mental y afrontó el final sin temor.

El día en que los médicos informaron a nuestra familia sobre la enfermedad de mamá, mis padres lloraron y

Fundamentos

nosotros lloramos con ellos. Luego, se miraron el uno al otro. Nunca olvidaré el amor que había en sus ojos. Se volvieron hacia nosotros y nos dijeron: «Ahora, cada día y cada momento son importantes. No debemos desperdiciar ninguna oportunidad de demostrar nuestro amor a nuestros hermanos y hermanas, a los niños y a nuestros invitados». Mamá nos dijo que confiáramos completamente en la sabiduría y la guía de Dios. Fue un momento muy desgarrador, pero profundamente conmovedor.

Apenas unos meses más tarde, en el invierno de 1979, tres ancianos miembros de nuestra iglesia murieron en un período de apenas dos semanas. Los tres habían estado muy unidos a mis padres durante muchos años y sus muertes afectaron mucho a mamá, que se debilitó ostensiblemente con cada una de ellas. Primero falleció la madre de mi padre, mi «Oma», a la edad de noventa y cinco años. A mamá le dolió no sentirse lo bastante bien como para amortajar el cuerpo de Oma para el funeral o preparar la sala en la que quedó expuesto su cuerpo. Siempre le había parecido un privilegio poder realizar «ese último servicio de amor», como ella misma decía, para los miembros de nuestra comunidad.

Pocos días más tarde, cuando falleció Dora, una mujer a la que mamá conocía desde hacía más de cincuenta años, llevé a mis padres a verla por última vez. Mamá la miró con una inolvidable expresión de ternura

y, aunque no pudo asistir al funeral, se levantó de la cama y permaneció temblorosa en la puerta, en un respetuoso silencio, mientras el cortejo fúnebre de Dora pasaba ante nuestra casa.

A la semana siguiente murió Ruth, una antigua compañera de clase de mi padre. Para su funeral, mamá se vistió y permaneció sentada en la cama. Evidentemente, era mucho más de lo que sus fuerzas le permitían soportar, pero ella insistió en demostrar su profundo respeto y amor a Ruth.

Niños de nuestra iglesia acudían a menudo a visitar a mamá y la confianza que demostraban en su recuperación tenía sobre ella un efecto inmediato: cuando estaba en su presencia, se mostraba tranquila e irradiaba paz. A menudo, exclamaba con un suspiro: «¡Los niños, mis niños!». Ella no lo sabía, pero lo cierto es que los niños se reunían muchas veces en secreto para rezar por su recuperación.

Mamá murió en marzo de 1980, cinco meses después de que se le diagnosticara la enfermedad. Su muerte fue un golpe tan fuerte para mi padre, que ya nunca se recuperó. Papá y mamá habían estado casados durante más de cuarenta años y siempre habían trabajado juntos y pendientes el uno del otro. Ahora, papá estaba solo.

Durante los dos años que siguieron, su fortaleza física disminuyó con rapidez. Leía diariamente su Biblia

Fundamentos

y celebraba los servicios de culto siempre que podía. También hablaba a menudo sobre el plan divino para toda la creación y decía repetidas veces: «Lo único que importa es el reino de Dios. Cada uno de nosotros es tan poco, tan débil. Y, sin embargo, cada uno de nosotros también es una vía para que el amor de Dios irrumpa en este mundo. Para eso es para lo que quiero vivir y por eso es por lo que merece la pena morir». Mi padre mantuvo esa misma actitud hasta el final.

Durante sus últimas semanas de vida apenas si pudo hablar, a pesar de lo cual el hecho de permanecer sentado a su lado seguía transmitiendo fortaleza interior; la cercanía de Dios era palpable y le producía una paz profunda. Murió a primeras horas de una mañana de verano y, como su único hijo varón, tuve el privilegio de cerrarle los ojos para siempre.